

## CAPITULO LXII.

### Usos, costumbres, creencias y ceremonias de los naturales de Haiti.

**L**A conversacion que habia tenido Alonso Velez con Colon, la situacion en que se hallaba y las exploraciones que habia hecho mientras habia vivido con los indios, le hicieron reflexionar seriamente acerca de su porvenir, predisponiéndole á un cambio radical en su modo de sér.

Estaba en poder de los españoles, habia cometido horrosos crímenes y podian hacérselos expiar.

Al lado de los indios habia comprendido la inutilidad del oro, porque ¿de qué le servia recrear su vista en aquel precioso metal, si no podia adquirir con él los goces que en Europa podia proporcionarse con su auxilio?

Antes de caer en poder de Colon se habia propuesto apoderarse del ánimo de los caciques y obtener su perdon, alegando que todos sus actos habian tenido por objeto conocer à fondo á los indios para ayudar á los españoles á vencerlos, seguro de obtener de esta manera su perdon y ser enviado á España con riquezas y honores; y una vez rico, se prometia ser hipócrita buscando á Isabel, viviendo con ella con todas las aperiencias de un hombre honrado, pero entregándose en el misterio à las pasiones que le habian dominado toda su vida.

La actitud que habia observado en Colon, las palabras que habia oido de sus labios, habian dado más fuerza á su proyecto, y aunque sabia que Caonabo y los suyos no tardarian en salir al encuentro de los españoles y en trabar con ellos una gran batalla, preferia á la proteccion de los caciques de Haiti observar la conducta que le habia aconsejado Colon, para trocar su suerte de prisionero en hombre libre y ser útil á sus hermanos.

Tal era su resolucion cuando se presentaron en el camarote el paje de Colon y el capitán del buque.

—El almirante, dijo el último, ordena que en cuanto su paje, que está presente, lo tenga á bien, rompamos sus cadenas.

—Desatadle, dijo Isabel, desde luego.

Al oír aquella voz fijó Alonso los ojos en el paje, y quedó en la actitud de la persona que al oír hablar á otra recuerda que no es la primera vez que ha escuchado su voz.

—Ahora dejadnos solos, porque tengo que comunicar órdenes de mi señor y dueño á Alonso Velez.

El capitán del buque dejó en el camarote á Isabel y á su esposo.

—Alonso, dijo Isabel, la Providencia ha querido reunirnos al fin.

Alonso, acercándose al paje, cogiéndole de la mano, y llevándole á un sitio del camarote donde penetraba la claridad de la luna.

—¡Isabel!... exclamó de pronto, ¿tú aquí y en ese traje?...

—¡Me has reconocido!.....

—¿Qué es esto?... ¿cómo te encuentras aquí?

—¿No te lo dice tu conciencia?

—¿Saben quién eres?

—Una sola persona lo sabe.

—¿Colon tal vez?

—No te has engañado.

—Ha hecho ya un año, añadió el falso paje, que resuelto á vengarme de las infamias que conmigo has cometido, tomé este mismo traje, resuelta á perseguirte y á morir á tus manos ó á castigar tu ingratitud.

El hombre generoso que te admitió en su compañía te recordó los deberes que habias olvidado y accediste á santificar el lazo que hasta entónces nos habia unido, ofreciendo volver para no separarte más de mí.

Pasó el tiempo, regresó Colon, sé tu historia desde el momento en que le abandonaste, para vender tu brazo á los enemigos de tu patria.

—¡Isabel!...

—Es inútil que quieras sincerarte. Te conozco, y sé que cuantos esfuerzos hiciera para despertar en tu corazon aquel amor que me ofreciste un dia, y que fué poderoso para arrancarme de los brazos del deber y arrojarme en los tuyos, que han sido y son los de mi desgracia, serian inútiles.

Faltaste á tu palabra, y al anunciarse una nueva expedicion á estas lejanas tierras, busqué los medios de formar parte de la servidumbre del almirante, sin que él me conociera, para venir aquí á buscarte.

—Yo he sido, añadió Isabel con vehemencia, yo he sido quien ha descubierto tu infame traicion; yo quien en las crispadas manos de un cadáver ha hallado el testimonio de tu infamia.... He podido muy bien aprovecharme de las cadenas que te ligaban hace un instante para clavar un puñal en tu pecho, hiriendo al mismo tiempo el mio.... Ya has visto que he sido generosa, que he preferido perdonarte, pero con una condicion.

Los dos tenemos que cumplir una sagrada deuda de gratitud. Yo te perdono; yo olvidaré tus promesas; yo buscaré en la muerte el alivio á mis amarguras; no te exigiré cuenta del pasado.... pero todo esto à condicion de que has de revelar á nuestro protector cuanto sabes acerca de los indios, cuanto pueda contribuir á su triunfo.

Si tal haces, hallarás el perdon; aún podrás conseguir honores y riquezas.

Sé que me odias; sé que te estorba mi presencia en el mundo.... yo te ofrezco poner fin à mis dias cuando, despues de haber conquistado nuestros hermanos este país, partas tú victorioso á España á recoger el premio de tus servicios.

Aquella resolucion dictada por el despecho, por el dolor, y al mismo tiempo por la gratitud que sentia hàcia Colon, produjo asombro primero, y más tarde admiracion en el empedernido corazon de Alonso Velez.

—Me juzgas mal, le dijo, pero no quiero probártelo con palabras, sino con hechos.

Tan distinto de lo que crees es mi modo de pensar, que yo te ofrezco hacer una completa revelacion de cuanto sé al almirante; facilitarle los medios de conseguir su propósito, y cuando vuelva á España volver contigo para vivir siempre á tu lado y resarcirte, satisfecha mi sed de oro, de los tormentos que mi pobreza, no mi corazon, te ha hecho sufrir.

Yo te lo juro por lo más sagrado.

Este es hoy mi único deseo; pero no creas mis palabras. Aguarda á mis actos; ve à decir á Colon que estoy dispuesto á hacerle toda clase de revelaciones.

—Yo no volveré á verte, dijo Isabel, hasta estar convencida de que tu resolucion no es hija de una nueva intriga. El secreto de mi existencia quedará entre los dos.

Partió Isabel y al dia siguiente manifestó Colon á los ca-

pitanes que habia celebrado una conferencia con Alonso Velez, que se habia convencido en ella de que todos sus actos habian sido inspirados por el fin de conocer á fondo la vida de los indios, y poder dar amplia idea de ella á los capitanes de las nuevas expediciones que fueran á la India.

A peticion de Alonso Velez fué el padre Boil á bordo, se confesó con él y cambiada por completo la impresion que habia producido al principio, todos se aprestaron á escuchar su revelacion.

Urgía el tiempo y aquella misma noche dispuso Colon que fuese á su morada Alonso Velez, y en presencia de todos los capitanes satisfizo la curiosidad que en todos despertaba la actitud que guardaban los indios respecto de los españoles, sus costumbres, su modo de sér, todo lo que les concernia.

—Los indios que habitan esta isla, dijo Alonso Velez comenzando su relato, no se parecen todos á los que conocimos al principio, cuando desembarcamos en el puerto de la Navidad.

Tampoco los otros cuatro reyes que dominan con Guacanajari los cinco departamentos en que está dividido el reino poseen la dulzura de carácter del primer soberano con quien habeis tratado.

Marien, el territorio de Guacanajari, hoy desierto, era la mansion de la paz. Las excursiones hechas de tiempo en tiempo por los caribes para saquear la isla, han acostumbra-do á sus habitantes al manejo de las armas, y especialmente las tribus de las costas mas próximas á las islas caribes están compuestas de guerreros.

Los más temidos de todos son los de Caonabo.

Caonabo es el rey del departamento de las minas, es el caudillo más temido y más respetado.

Desde que está en Haiti han cesado las invasiones de los caribes.

El mismo habia nacido en Cibuqueira; era caribe de origen, llegó á Manguana en una de sus expediciones; se internó en la provincia de Xaragua y en aquella tierra fértil, cubierta de aldeas, las más civilizadas de la isla, encontró á Anacaona, hermana del cacique Boechio, que, prendada de su hermosura, le hizo su esposo y se quedó en la isla ofreciendo defender á todos sus habitantes de las invasiones de los caribes.

La fama de su valor los alejó de la isla para siempre, y no hay un solo haitiano que no tema la presencia del cacique, y que no le profese al mismo tiempo una verdadera idolatría.

—¿Luego Caonabo, dijo Colon, es el cacique principal?

—No, repuso Alonso Velez; el verdadero rey hereditario es Guacanajari; él es el heredero de Vagoniana, la diosa á que, segun los indios, deben todos la vida.

—¿Pero tienen los indios religion? preguntó el padre Boil.

—Sí, padre, sí; creen en un supremo númen, inmortal, omnipotente é invisible, que habita el cielo, y para comunicarse con él tienen intermediarios, á los que llaman tzimes ó zemis.

Los tzimes son dioses inferiores, de los cuales posee uno cada cacique, tallado en madera ó piedra, ó formado de barro, de figura monstruosa y repugnante, á los que invocan como á un dios tutelar y le consultan en todas sus empresas.

Cada familia posee tambien un tzimes entallado en sus muebles, ó formado de pequeño tamaño, con barro ó madera, y los que son así los ponen en la frente cuando van á luchar.

Estos son sus ídolos, y lo único que temen es que se los arribaten. Desde el momento en que llegamos á la isla los ocultaron para que no pudiéramos quitárselos.

En su concepto, la influencia de los tzimes produce la abundancia ó la escasez de los productos de la tierra. Ocasianan

los huracanes, las tempestades, los truenos, cuando están indignados, y las brisas, las templadas lluvias, cuando están satisfechos. Todo cuanto consiguen los indios creen debérselo al tzimes.

—¿Pero también tienen sacerdotes? dijo Colon recordando á los butios.

—Sí; ellos y los caciques son los que se comunican con los tzimes. Sus ceremonias religiosas se reducen á ayunos y abluciones. Además beben un brebaje hecho con cierta yerba que les produce embriagadores ensueños. En esta situación es, según ellos, cuando los ídolos les revelan lo que ha de suceder en el porvenir, ó les indican los medios de curar las enfermedades que afligen á sus hermanos.

—¿Según eso, conocen las virtudes de las plantas?

—En alto grado; con ellas curan todas las enfermedades, y en los casos más graves queman teas en la morada de los enfermos, juzgando cuando recobran la vida que han logrado arrojar su enfermedad envuelta en el humo á las profundidades del mar.

—¿Y esos adornos de colores que llevan en el cuerpo?

—Son las figuras de los tzimes.

—¿Y no habeis asistido á alguna ceremonia religiosa á la que acudan todos los habitantes de una población?

—He asistido á varias. El cacique señala un día para celebrar la fiesta en honor de su tzimes.

Entonces acuden los indios y forman una procesion solemne.

Las jóvenes indias van completamente desnudas; los ancianos ostentan sus mejores adornos; el cacique avanza al frente de la comitiva tocando una especie de tambor, siguen detrás los indios hasta llegar á la casa sagrada, en la que todos han reunido las imágenes de sus tzimes y en donde se halla el tzimes del cacique.

En la puerta se detiene el cacique y toca el tambor en tanto que los que forman la procesion entran cantando y bailando á su manera.

Los butios salen á esperarlos; reciben las ofrendas que las vírgenes llevan en canastillas y para darles gracias prorumpen en descompasados gritos.

Entran los parientes llevando grandes tortas de maíz, que los butios reparten entre todas las cabezas de familia, y los pedazos se conservan todo el año como preservativo de calamidades.

Las mujeres cantan himnos en honor de los tzimes ó recuerdan las hazañas de sus antepasados.

Unidos todos al final piden á sus númenes tutelares que protejan su patria y su vida, y saliendo de la casa sagrada cantan y bailan hasta que llega la noche y se dispersan.

Además de los tzimes posee cada cacique tres ídolos, talismanes de piedra muy venerados, cada uno de los cuales tiene diferente influencia.

Uno de ellos produce el sol ó la lluvia á medida que los necesitan; el otro ahorra los dolores de parto y el último influye en la abundancia de las cosechas. (H)

—¿Y qué ideas tienen acerca de la creacion?

—En su concepto la isla de Haiti ha sido creada ántes que las demas, y no tienen la menor duda de que el sol y la luna han salido de una de las cavernas de Cazibaxagua para alumbrar al mundo.

Yo he visto esa caverna y tiene más de cincuenta piés de profundidad, pero es sumamente estrecha.

Solo recibe luz por la boca y tiene un agujero por donde creen que sale el sol y la luna á ocupar el puesto que tiene en el cielo.

En las paredes, formadas por piedras, hay talladas figuras de tzimes y todos los indios veneran mucho la caverna.

Siempre que necesitan pedir á sus dioses días de sol ó abundantes lluvias, van los indios en peregrinacion á la caverna y depositan en ella frutos y flores, que constituyen su principal adorno.

—Y acerca de los hombres, ¿qué ideas tienen?

—Suponen que han salido de otra caverna las criaturas. Los hombres corpulentos por una gran abertura y los enanos por un pequeño agujero que hay en ella.

Me han contado que en los primeros tiempos vivieron sin mujeres, hasta que, acercándose á un lago, vieron en las ramas de los árboles unas hojas que más tarde conocieron que eran mujeres.

Y Alonso Velez refirió lo que ya he indicado en otro capítulo acerca de la conquista de cuatro hembras, con cuyo motivo pudo poblarse la India.

No se olvidó tampoco de lo que he referido acerca del protegido de Vagoniana, que habiendo salido una noche de la caverna donde se guarecian los hombres, se vió sorprendido por los primeros rayos y convertido en pájaro, añadiendo que todos los años, en la época en que sufrió la trasformacion, recorre los aires de Haiti lamentando su desgracia con dolorosos trinos.

Tambien tenian noticias del diluvio universal.

Decian que habia habido en la isla un poderoso cacique que habia muerto á su hijo por haber conspirado contra él, que reunió y limpió sus huesos y los depositó en una calabaza para conservarlos, con arreglo á la costumbre que tenian los indios para guardar las reliquias de sus deudos.

Andando el tiempo, el cacique y su esposa rompieron la calabaza para ver los restos de su hijo, y su asombro fué inmenso al ver en ella grandes y pequeños peces de varias clases.

Volvió á taparla el cacique, y colocándola sobre el techo de su choza, se vanaglorió de que tenia el mar encerrado en ella.

Cuatro hermanos gemelos, poseidos de viva curiosidad porque habian oido hablar de aquel prodigio, aprovecharon una ausencia del cacique, y apoderándose de la calabaza quisieron ver lo que contenia.

Al pasar de manos de uno á las del otro se cayó al suelo y brotó de ella un inmenso torrente con tiburones, delfines, ballenas y toda clase de peces, extendiéndose el agua hasta anegar la tierra, sin dejar más que las cumbres de las montañas.

Tal era la idea que tenian del Océano y de las islas que se levantaban en su seno.

—¿Pero carecen de historia? preguntó Colon á Alonso Velez. ¿No habeis oido nada acerca de los acontecimientos que han tenido lugar en la isla, no tienen pergaminos, libros, algo que ayude á la tradicion hablada?

—Sí por cierto; poseen unas madejas de hilo que se llaman guipos y por medio de nudos hechos en ellos conservan los butios el recuerdo de los principales acontecimientos de su historia.

La diversidad de colores, la hechura de los nudos, el grosor de los hilos son para ellos lo mismo que las letras para nosotros ó tal vez lo que las palabras para nosotros.

Otra cosa curiosa he notado, añadió Alonso Velez. Sus prácticas para con los muertos y los agonizantes son en extremo originales.

Cuando el cacique está enfermo y se pierden las esperanzas de salvarle, sus más adictos amigos, sus parientes, le ahogan.

—¿Le ahogan? exclamaron todos, ¿con qué objeto?

—Es una prueba de consideracion. Le ahogan para que no muera como las gentes vulgares.

Cuando un indio cualquiera está próximo á morir le colocan en su hamaca y le ponen á la cabecera manjares y agua para que muera tranquilo en la soledad. Algunos conducen los enfermos á la presencia del cacique, y como una inmensa gracia le piden que les consienta ahogarlos.

Cuando el cacique ejerce su prerogativa en este sentido, es inmensa la alegría de los parientes del finado.

—¿Y los entierran?

—Sí, pero á los caciques despues de muertos los embalsaman de cierto modo. Abren su cuerpo, le secan al fuego y los conservan.

De otros no guardan más que la cabeza ó algunos miembros.

Sus cementerios son las cavernas, en ellas arrojan el cadáver con una calabaza de agua y un pan; otros los queman en su misma choza. |

—Y respecto de la inteligencia, ¿cuáles son sus nociones?

—Creen en el espíritu y la materia, pero confundidos uno en otra; piensan que los espíritus de los muertos se aparecen por las noches ó de dia en parajes solitarios en actitud amenazadora; por no encontrar á estos aparecidos no van solos los indios á los parajes retirados.

Tambien conocen las acciones del premio y el castigo.

—¿Y cuál es su organizacion política?

—Dividida la isla en cinco departamentos, Guacanajari es el soberano, el rey de los reyes. Los otros cuatro caciques tienen á sus órdenes otros caciques inferiores, jefes cada cual de una tribu siempre dispuesta á pelear cuando sus jefes les llamen al combate, ó á labrar los campos, ó cultivar las tierras en los dias de paz.

El baile es uno de sus más queridos placeres; es á la vez un rito, que entraña en las figuras y en los movimientos de los bailarines una gran parte de los sucesos de su historia, de sus empresas, de sus cacerías, de sus batallas, de sus esperanzas, de sus deseos. (J)

Uno de los motivos, añadió Alonso Velez, de la buena acogida que nos han dispensado, ha sido los regalos de cascabeles que les hemos hecho. Colocándoselos al cuello, en las muñecas y en la cintura, se consideraban muy felices al oír el sonido que producen obedeciendo á sus movimientos.

Por lo demas, añadió, la indolencia en que viven puede ser favorable á las empresas que aquí nos han traído.

Nada codician, nada desean más que vivir en paz.

Todo trabajo les molesta y es bien escaso el tiempo que emplean en cultivar la yuca, la patata y el maíz, que son sus principales alimentos, á los que añaden la utia y el guanano, algunos peces y los frutos espontáneos de sus bosques.

Todas estas noticias interesaron vivamente á los que oían á Alonso Velez, y de buen grado le perdonaron los delitos que habia cometido para poder proporcionárselas.

Pero aquellos datos locales no bastaban, por más que fuesen importantes, para satisfacer su curiosidad acerca de la actitud en que estaban los indios respecto de ellos.

—¿Qué es lo que ha sucedido á Guacanajari? le preguntó Colon; ¿cuáles son los proyectos de Caonabo y de los demas jefes de la isla?

Amplíemos la respuesta de Alonso Velez.